

Julio César Jobet

Notas sobre los problemas de la Historia

1. Historia e Historiografía.—2. Las diversas concepciones de la Filosofía de la Historia.—3. Filosofía de la Historia y la Sociología.—4. La Historiografía chilena.



HTIMOLOGICAMENTE la palabra «Historia» proviene de una voz griega que significa, según unos, «narrar», y, según otros, «yo averiguo». Desde el punto de vista de su contenido, Historia es la ciencia de los hechos particulares del pasado humano, en su conexión universal y en su aspecto variado y multicolor. Es la Historia la ciencia más dependiente de todas. Precisa del apoyo y auxilio de otras muchas: Derecho, Economía, Etnografía, Sociología. Es por ello que algunos historiadores han expresado que la Historia es una ciencia eminentemente inexacta, en tal forma que el saber histórico de cada época tiene un carácter relativo y provisorio, lo que determina la imposibilidad de un conocimiento total y exacto. En la misma forma afirman, por las razones señaladas, que no existen leyes históricas, de tal manera que el concepto de evolución tendría validez limitada. Por ejemplo, el gran biógrafo inglés, Strachey, ha escrito que la Historia es, por sobre todo, un arte y no una ciencia, rebatiendo

a Fustel de Coulanges para quien «no es un arte; es una ciencia pura». Strachey le niega su carácter científico basándose en el hecho que es imposible consultar todos los documentos que existen sobre un determinado asunto y, además, porque no siempre está lo esencial en ellos. Expresa que ha habido conversaciones que no han dejado huellas y, sin embargo, han transformado la tierra. Por otra parte los documentos son, a menudo, contradictorios, de tal suerte que precisan una selección, lo que constituye de hecho una ruptura de la objetividad y de la necesidad de su estudio y lectura sin ideas preconcebidas, como pide Fustel de Coulanges al defender el carácter científico de la Historia. Strachey estima incorrecto denominarla ciencia ya que los caracteres propios de la ciencia: posibilidad de experimentación, posibilidad de verificar una ley y de comprobar tantas veces como se quiera la exactitud de relaciones ya conocidas, faltan en la Historia. Hace hincapié en el hecho de que la Historia ha sido en otro tiempo vida real entrecruzada por la más enorme multitud de factores. La historia de una conferencia, por ejemplo, no es solamente la expresión de los intereses económicos en juego, sino además de las teorías políticas en boga y de las reacciones mutuas de sus componentes, con innumerables pasiones, costumbres, ideas, padecimientos y formación intelectual diversas.

Una refutación brillante a estos hábiles argumentos de Strachey es la del historiador ruso M. N. Pokrovski. Primero recuerda que hay quienes afirman que la Historia no puede ser una ciencia porque sólo son objeto de ella los fenómenos que se reproducen y en la Historia nos hallamos en presencia de hechos individuales que sólo han ocurrido una vez y no habrían tenido lugar antes ni pueden tenerlo después. («La historia no se repite») y es la repetición de los fenómenos lo que nos da la posibilidad de establecer sus leyes, ya que para lo que no se reproduce no se puede establecer ninguna ley. Además los dos recursos principales el conocimiento científico, la observación directa y la experiencia le están cerrados. En seguida, Pokrovski hace

presente que en toda ciencia abunda lo individual, menos en las Matemáticas, y que en el caso de la Historia existen estrechas analogías entre períodos históricos separados. Por otra parte, la mayoría de las ciencias exactas se ayudan de la observación indirecta o se contentan con ella (en Zoología, con algunos esqueletos para varias especies desaparecidas; en Paleontología, Arqueología, Geología, Astronomía, y aun Psicología, sucede algo similar). En Historia es posible una observación directa en los pueblos primitivos que aun subsisten. Tampoco le está cerrada la experiencia, pues la historia vivida, corriente, constituye una experiencia constante. El historiador que siente interés por lo que le rodea debe recurrir a cada paso al «pronóstico», a la «predicción»; debe hacer profecías que, luego, se ven confirmadas y refutadas por los acontecimientos, basándose en la analogía de hechos o situaciones. En el caso de los fenómenos accesibles a la Estadística, por lo demás, en esa experiencia se alcanza un grado de exactitud considerable. En una palabra, no hay ningún fundamento racional para negar que la Historia es una de las ciencias más importantes. Igualmente está fuera de toda discusión su importancia decisiva para la marcha de la sociedad, puesto que la Historia no sólo depende de otras ciencias sino también de la cultura y de la vida misma. Los objetos de la Historia son los de la vida social: acontecimientos, situaciones, relaciones (contar un suceso presenciado, o relatar el conocimiento de una persona importante, es hacer Historia). Esta conexión con la vida le da su universalidad e importancia para la sociedad. Es así como la Historia surge por todas partes: en el colegio, en el foro, en el monasterio, en la redacción del periódico, en el campamento, en el campo de deportes, en la concentración pública.

Es, precisamente, notable la cantidad de historiadores que se han encontrado actuando en el seno de la vida social de su pueblo, como políticos, funcionarios, magistrados o periodistas.

Las formas de escribir y concebir la Historia, o sea, lo que se denomina la Historiografía, han sido diversas. El eminente

tratadista Bernheim, en su obra «Introducción a los estudios históricos», ha señalado tres etapas que, si bien son discutibles han sido aceptadas por la mayoría de los escritores en el terreno indicado. Ellas son: Historia narrativa, Historia pragmática e Historia genética. La primera etapa en las formas de concebir la Historia es la narrativa. Aparece en Grecia y su padre es Heródoto (482-425 A. C.), autor de «Los Nueve Libros». Para él, Historia «es la narración verídica de los hechos pasados». Heródoto y los diversos historiadores griegos consideran exclusivamente «lo griego» como la esencia de la actividad humana; los demás pueblos son bárbaros. De ahí que carezcan de una concepción universalista. El tipo de historia narrativa se mantiene a través del tiempo y coexiste con las otras formas. Durante la Edad Media alcanza un considerable florecimiento en las diversas «Crónicas», género que subsiste en nuestros tiempos.

La segunda etapa en la Historiografía es la pragmática, siendo su precursor Tucídides (460-400 A. C.), autor de la «Historia de la guerra del Peloponeso» y cuyo iniciador es Polibio (210-127 A. C.). Esta concepción de la historia se caracteriza por el afán de desprender del pasado determinadas enseñanzas como ejemplos para las nuevas generaciones. Es decir, está dominada por una marcada «tendencia». En la Antigüedad modelos de este tipo son las «Vidas Paralelas» de Plutarco (45-125 D. C.), quien agrupa los diversos hechos alrededor de los hombres más señalados, y la «Germania» de Tácito (55-120 D. C.), quien los agrupa en torno a los pueblos germanos. Después de desaparecer en la Edad Media, reaparece en el Renacimiento con marcadas tendencias políticas, alcanzando su mayor expresión en las obras de Guicciardini y Maquiavelo (autor de las notables y discutidas obras: «Tratado del Príncipe» y «Comentarios a Tito Livio»). Este tipo de Historiografía alcanzó una boga extraordinaria en Alemania, donde fué formativa de la mentalidad de este país, desde comienzos del siglo XIX hasta la primera guerra mundial. En los tiempos actuales ha tenido un em-

pleo grande en las historias oficiales de los países fascistas (Alemania e Italia) y de la Rusia Soviética, llegando incluso a adulterar los hechos históricos en beneficio de la tendencia. Esta historia tendenciosa colocada al servicio de un nacionalismo sectario y furioso procede a eliminar todo lo que en el pasado contraría sus consignas, pretensiones o dogmas. No le basta con interpretar de nuevo los acontecimientos: llega hasta a adulterar o «renovar» los hechos y a suprimir los personajes que obstaculizan sus puntos de vista e intereses o que han caído en desgracia; transforma el papel que han desempeñado algunos de ellos que están «en la línea» hasta hacerlos figurar en el primer rol, a pesar de que en la realidad han sido obscuras y secundarias comparsas; finalmente, pecan por omisión y mentiras. En el presente es notable ejemplo de este tipo de historiografía la literatura histórica emanada de los medios oficiales soviéticos, con obras como la «Historia del Partido Comunista Ruso», que es una extraordinaria mistificación. En una reciente «Historia de la Diplomacia», publicada bajo la dirección de Vladimir Potemkin, a menudo seria y documentada, el autor, que es stalinista, habla de las negociaciones rusas de Brest-Litovsk, en 1917, sin citar el nombre de Trotzky, jefe de la delegación, salvo una vez para calificarlo de traidor, por no haber defendido las decisiones de Lenin.

La tercera etapa de la Historiografía es la genética. Trata de desprender de los hechos históricos sus orígenes y encadenamientos causales. Está caracterizada por su sentido orgánico y la búsqueda de un nexo común, del sujeto unitario de la heterogeneidad de los hechos históricos. Los iniciadores de esta concepción han sido Bossuet, Voltaire, Vico, Montesquieu y Condorcet. En el siglo XVIII predomina como ley causal del devenir histórico «la ilustración», es decir, la marcha constante de la Humanidad hacia la cultura racional. En el siglo XIX las leyes causales son la «evolución», el «progreso», la «humanidad».

En el siglo XX se habla de «clases», «raza», «espíritu» y

«cultura». La historia genética ha imperado en el siglo pasado con nombres tan conocidos como Comte, Spencer, Marx, Gobineau y en el actual con Wells, Ferrero, Spengler, Huizinga.

La concepción genética de la historia ha sido ampliada en nuestros días con diversos alcances y han aparecido nuevas escuelas históricas que tratan de superar el esquema de Bernheim que hemos reseñado. Y ha tenido que ser así, porque es difícil poder separar claramente las formas de concebir la Historia, tal como el mencionado tratadista lo ha intentado. En toda Historia hay narración, es decir, reconstrucción del pasado y expresión de ella. También hay enseñanza, porque la Historia es una suma de experiencias que, por muy variables que sean el medio y los sujetos que se sucedan en el acontecer histórico, el conocimiento del pasado siempre servirá, en cierto grado, para explicar lo presente y guiar la acción futura. En la Historia, además, hay relaciones causales y condicionadoras entre los hechos humanos, aunque muchos de estos no encuentran su explicación en el pasado sino en nuevos factores y en la voluntad humana, de la cual deriva lo contingente e imprevisto.

Para resumir lo que hemos expresado hasta el momento, podemos decir que en el vocablo «Historia» se cobijan dos direcciones conceptuales: *lo acontecido o sucedido*, por el solo hecho de serlo; y *lo reconstruido*, previas una investigación y exposición. La primera, es decir los hechos y procesos reales, con una realidad determinada en el espacio y el tiempo, corresponde a la Historia en su acepción pura. La segunda, aquello que del pasado se investiga, reconstituye y escribe, importa lo que se denomina Historiografía. Lo interpretado y valorado, por medio de la razón, la intuición y la imaginación, constituye la Filosofía de la Historia o Historiosofía.

La Historia es reconstrucción artística del pasado, pero no todo el pasado se reconstituye sino sólo aquellos hechos y procesos que una adecuada valoración estima trascendentes, particulares o característicos de formas de armonía o desequilibrio

social; la labor del historiador no puede reducirse a la superposición de momentos en la vida de hombres, pueblos o culturas sino que precisa de una interpretación y comprensión de los hechos y procesos en sus relaciones condicionadoras o causales como formativos de un pasado, en función del presente y al servicio de un futuro que se desea mejor.

Con razón ha expresado el gran historiador holandés J. Huizinga: «La historia es una forma de la verdad acerca del mundo. Cultivarla es un modo de buscar el sentido de la vida».

* * *

La Historiosofía ha sido siempre la preocupación dominante de los grandes pensadores. Se le conoce preferentemente con la denominación de Filosofía de la Historia, según la acertada expresión de Jean Bodin.

Una de las primeras sistematizaciones filosóficas de la Historia es la de Juan Bautista Vico (1668-1743), en sus obras «Principios de la Filosofía de la Historia» y «Ciencia Nueva». La Filosofía de la Historia, o Historiosofía, impone la interpretación de la objetividad por la subjetividad, es decir, partiendo de la aceptación que los hechos se correlacionan entre sí como causa y efecto, se remonta a las causas lejanas y trata de responder a las interrogantes siguientes: ¿Existe o no una causa primera? ¿Dios o la materia? ¿Hay leyes que determinan la necesidad de las series causales? ¿Cuáles son los fines de la Historia? ¿Es la razón humana capaz de comprenderla?

Según Plejanov cada período histórico tiene su propia Filosofía. Para él la más primitiva es la «Concepción teológica de la Historia», que está ligada a los primeros esfuerzos hechos por el pensamiento humano para explicarse el mundo exterior. Su representante más notable ha sido San Agustín, obispo de Hipona, norte de Africa, (354-430). En su libro «De la Ciudad de Dios» hace provenir de Dios todo lo existente, tanto en el orden

material como en el moral. Para él la Historia es el transcurso de la lucha entre la Ciudad de Dios y la Ciudad del Hombre, en la cual se impondrá la primera. Posteriormente, fué sostenida por Bossuet, obispo de Meaux, (1627-1704), en su obra «Discurso sobre la Historia Universal». Al igual que San Agustín encara los acontecimientos históricos como sometidos a la Providencia Divina. Según estos pensadores la Historia revela que existe una dirección divina de la Humanidad, siendo la voluntad de Dios arcano que el hombre no puede comprender, guiándolo solo la fe en que la Providencia procura conducirlos hacia la realización del reino de Dios. En el siglo XIX esta concepción ha sido sustentada por los providencialistas De Maistre y De Bonald.

En el siglo XVIII se abre paso la «Concepción Idealista de la Historia» que explica la evolución histórica por el desarrollo de las costumbres y de la «opinión», como se decía entonces representantes de esta escuela son: Voltaire, (1694-1778), con su «Ensayo sobre las costumbres»; Holbach, (1723-1789) y Helvetius, (1715-1771). Estos filósofos son materialistas en su concepción de la naturaleza e idealistas en su análisis del desarrollo histórico. El más alto personero del idealismo histórico es Hegel, (1770-1831), con su obra: «Lecciones sobre la Filosofía de la Historia». Para Hegel es el espíritu, o la idea, lo que constituye el fondo y el alma de todo lo que existe. La materia misma no es más que una manera de ser del espíritu. La Historia es el desenvolvimiento del espíritu universal en el tiempo.

En el siglo XX una nueva teoría alcanza una gran popularidad. Es la «Concepción materialista de la Historia», debida a Carlos Marx (1818-1883) y Federico Engels (1820-1895), quienes no la desarrollaron sistemáticamente en una obra especial sino que a través de sus numerosos escritos, y, sobre todo, en el prefacio de «Contribución a la crítica de la Economía Política».

Para Marx no es la idea, no es lo espiritual ni lo divino, lo que constituye la fuerza de la evolución sino que esta fuerza reside en la materia. Afirma que el estado económico de un pue-

blo es el que determina el estado social y éste, a su vez, su estado político, religioso e intelectual. El estado económico tiene su causa y ésta causa fundamental de toda evolución histórica, es la lucha que el hombre sostiene con la naturaleza para asegurar su existencia.

Marx y Engels no reconocen ningún Dios en la Historia; rechazan la noción de fuerzas o seres supraterrrestres. Tampoco son las ideas las que determinan los sucesos históricos; tanto en la naturaleza como en la historia es la base material la que determina la base espiritual, las ideas: «Los hombres hacen su propia historia. Pero no la hacen según el deseo de su iniciativa ni en las circunstancias libremente elegidas; ellos están obligados por las circunstancias del momento, tales como las han creado los acontecimientos y la tradición». («El 18 Brumario de Luis Bonaparte»).

Algunos discípulos han exagerado la doctrina histórica marxista, elaborando, en cambio, un rígido determinismo económico que hace automático al proceso histórico negando la importancia de los demás factores y, en especial, el rol de la personalidad humana en la Historia. En este sentido ha expresado, con gran exactitud, el orador socialista Jean Jaurés, y notable historiador de la revolución francesa, el siguiente juicio que sitúa en su verdadero terreno el alcance justo de la doctrina mencionada: «Pero no olvidemos que las fuerzas económicas actúan sobre hombres, como no lo olvidó el mismo Marx, empañecido muchas veces por intérpretes mezquinos. Y los hombres tienen una diversidad prodigiosa de pasiones y de ideas y la complicación casi infinita de la vida humana no se deja reducir brutal ni mecánicamente a una fórmula económica. Además aunque el hombre viva principalmente de la humanidad, aunque sufra sobre todo la influencia envolvente y continua del medio social, vive, también, por los sentidos y por el espíritu en un medio más vasto que es el universo... Tan vano y falso sería, por consiguiente, negar la dependencia del pensamiento

respecto a la vida económica y de las fuerzas de la producción como pueril y grosero explicar sumariamente el movimiento del pensar humano sólo por la evolución de las formas económicas. El espíritu del hombre se apoya con mucha frecuencia en el sistema social para resistirlo y vencerlo, de modo que entre el espíritu individual y el poder social hay a un tiempo solidaridad y conflicto» ...

El materialismo histórico no es otra cosa que la tentativa de aplicar los métodos científicos generales al estudio de los fenómenos históricos. Los datos de la Historia permiten afirmar que la interpretación científica de la historia es su interpretación materialista, que supone, además, la adopción del determinismo histórico, o sea, que considera todos los fenómenos de la naturaleza y de la historia ligados y condicionados recíprocamente. Puesto que el hombre fisiológicamente se halla sometido a las mismas leyes que todos los seres orgánicos, su necesidad principal es el alimento («todo lo que vive se alimenta, y todo lo que se alimenta vive») y, por otra parte, su vida consciente presupone, como condición necesaria, su vida orgánica («el organismo muerto carece de conciencia»). La necesidad de sostener el organismo, de alimentarse, es la necesidad fundamental del hombre, como de todo ser vivo; sólo después de satisfacerla puede pensar en otras, y la acción encaminada a satisfacer esta necesidad es la actividad fundamental del hombre. Por lo tanto, los hechos históricos principales son los materiales, económicos, determinadores en grado supremo de todas las demás actividades humanas. De aquí la importancia decisiva de la economía cuya finalidad esencial es la obtención de alimento. Con razón Lenin señaló que Marx al reducir la complejidad de las relaciones sociales a su fundamento: las relaciones de producción, y al establecer la dependencia de éstas últimas del nivel de las fuerzas productivas, creó la posibilidad de representar la evolución de la sociedad como un proceso histórico natural y elevó la historia a la categoría de una ciencia.

El esquema de Plejanov es exacto en líneas generales, pero en lo que respecta al materialismo, es preciso considerar otros aspectos, pues dicha posición filosófica no se reduce exclusivamente al materialismo histórico de Marx y Engels. Existen por lo menos otras dos derivaciones: 1. El Positivismo, sostenido por Augusto Comte, (1798-1857), especialmente en su obra «Curso de Filosofía Positiva». El positivismo comtiano ha sido aplicado a la Sociología por los notables sabios Emile Durkheim, en sus obras «La Sociología y las reglas del método sociológico» y «División del Trabajo Social» y Levy Bruhl, en su obra «La mentalidad primitiva». También ha sido aplicado al Derecho, principalmente por Duguit en sus obras: «Transformaciones del Derecho Privado» y «Transformaciones del derecho público». 2. El materialismo biológico, representado en Biología por Darwin y en Sociología por Herbert Spencer, en diversas obras como: «Principios de Sociología», «Las instituciones políticas», y otras. Tanto la concepción teológica como la materialista, en sus diversas direcciones, niegan la capacidad de la razón para comprender la Historia. La primera afirma que existe una dirección divina cuya voluntad es incomprendible para el hombre. El materialismo elimina la idea básica de un creador. Los atributos de la divinidad pasan a la substancia cósmica. A la observación, a la ciencia, cabe determinar el nexo causal constante que se constata entre los fenómenos. Es decir, la razón puede comprender el por qué en la Historia, pero no el para qué, rechazando una sujeción a fin, esto es, una regulación finalista de la vida de la humanidad.

Mientras las concepciones teológica y materialista colocan frente a frente los términos razón e historia, Hegel principal idealista, realiza la identidad de estos pretendidos opuestos. Para él la Historia universal es la exposición del espíritu, de cómo el espíritu elabora para llegar a saber lo que es en sí. La evolución consiste en que el espíritu adquiera conciencia de sí mismo y de su curso evolutivo en cuanto se realiza. La historia

universal es «la explicación del espíritu en libertad», o el progreso en la conciencia de la libertad», esto es, progreso en la aclaración de la propia esencia y substancia, progreso en el saber, progreso lógico si se quiere y que, por lo tanto, se sirve de las formas lógicas y se consuma dialécticamente en «tesis, antítesis y síntesis».

El discutido filósofo Nietzsche, cuyo pensamiento se ha prestado para tantas interpretaciones diversas, debido a que sostuvo juicios contradictorios, también enfocó la importancia y características de la Historia en su obra: «Consideraciones inactuales», en la que un capítulo está dedicado a esta materia con el título siguiente: «Del provecho y perjuicio de la Historia para la vida». Nietzsche la considera en su valor para la vida fundamentalmente. La vida necesita los servicios de la historia, pero un exceso de historia incapacita para vivir; debilita al individuo y desintegra la cultura; demasiada historia anula la personalidad. La Historia pensada como ciencia pura y proclamada soberana sería para la humanidad una especie de terminación de la vida y su liquidación. La Historia sirve para los que actúan y tienen aspiraciones, a ellos les da modelos, enseñanzas y el consuelo de pertenecer al gremio eterno de los grandes. Así surge la Historia Monumental que inflama a los poderosos. La Historia sirve, en segundo lugar, a quienes conservan y veneran, a quienes llenos de piedad se buscan en lo antiguo; hace agradable la nación y la patria, estimula la fidelidad, el sentimiento de bienestar, por estar arraigado en el pasado y en la conservación del mismo. Así surge la Historia Anticuaria. Finalmente, la Historia sirve a los que sufren, a los que buscan la liberación, que sienten que lo ya formado es una carga y quieren otra cosa mejor. Así surge la Historia Crítica, que reclama la transformación e intenta «darse a sí misma un nuevo pasado». Para Nietzsche las tres clases de Historia que registra son peligrosas. Pues los mezquinos que son incapaces de grandes hechos se envanecen en los modelos, los hacen descender a su nivel

y estorban a los grandes, porque conocen a los héroes sin tener su potencia; los patriotas se vuelven miopes, conservadores ilusos de toda bagatela, anticuarios sin piedad; y los que sufren se hacen en un santiamén reformadores del mundo o escépticos. Toda modalidad de Historia ha de variar tendenciosamente lo positivamente dado para servir a su objetivo. Solo así puede «estimular», «enseñar a amar» o «ayudar a reformar»; pero la tendencia falsea más de lo que debe.

En el presente ha surgido una nueva teoría contraria a las que ya hemos esbozado. Es el «Intuicionismo», filosofía irracionalista de la Historia. Su personero más representativo es Bergson, en sus varias obras, entre las cuales se destaca «La evolución creadora». Para Bergson el pensamiento científico o intelectual es incapaz de aprehender la vida y el espíritu, verdadero fondo de la realidad: «Sólo la intuición puede entender la vida; la intuición es una penetración artístico-mística en lo absoluto».

Lugar propio tiene Spengler, cuya posición filosófica es muy especial. En su obra: «La Decadencia de Occidente», expone una nueva concepción, según la cual ve la Historia Universal como «la imagen de una eterna formación y deformación, de un maravilloso advenimiento de formas orgánicas (las culturas)».

Spengler muestra que ha sido influenciado por el materialismo y la filosofía irracionalista y ello lo lleva a someter la Historia a un esquema violento, en el cual aplasta todo cuanto no cuadraba en su espíritu, como ser el cristianismo, los pueblos latinos, América. Concedió a sus culturas, a las que indicó tiránicamente su lugar, la figura de seres humanos, les atribuyó un proceso vital biológico, con lo que violó la Historia.

(Continuará)